

llejón y huyendo en ocasiones del engaño, que los invitaba insistentemente. Pero buena parte de la culpa en el juego de los toros la tuvieron las cuadrillas con sus desaciertos constantes, que hicieron de Pastor como jefe de lidia una figura desairada. ¡Qué herraderos, que ignorancias y qué abusos!

La presentación de Belmonte puede considerarse como un triunfo, ya que si el torero tuvo palmas y nada más que palmas en todo lo que ejecutó con los toros, la Empresa tuvo un lleno completo. Solamente el aficionado salió de la plaza desalentado y como llorando una desilusión, ya que no completa ni igual en todos, si visible. ¿Cuándo debutará el verdadero fenómeno?—gritaron por allí.— Ojalá sea muy pronto.

16 Noviembre.

Y vamos con la segunda corrida del famoso Belmonte.

La empresa taurina, que sabe donde le aprieta el zapato, anunció que en la tercera corrida de la temporada tomaría la alternativa el novillero mexicano de más esperanzas para la afición, triunfante en reciente concurso, y para tan significativo acto echó mano de Juan Belmonte, el torero sevillano que ha puesto en conmoción a este pueblo, que ya pareciera incommovible con tantas y tantas desgracias internas... La solemnidad debía efectuarse precisamente al mes justo de que el otorgante recibiera en Madrid la suprema investidura de manos del que fué *Machakuito*.

El enorme circo de la Condesa se vio casi lleno. Juan Belmonte es el torero del día en México, y por verlo jugar con la muerte cara á cara, sin que un solo músculo de su cuerpo insignificante se altere, medio México daría... lo que no tuviera.

Vi á Belmonte con mejores toros que en su presentación. Piedras Negras, que tan mal quedara en la corrida inaugural, vino por la revancha y la alcanzó muy merecidamente, pues aunque mandó una corrida dispareja en tamaño, la presentación nada dejó que desear, y se reveló de nuevo la bravura de la casta y su nobleza, pues á excepción del primer toro que se quedó y echó la cabeza por el suelo al llegar al último tercio, los demás dejaron en su sitio el crédito de esta divisa.

El sevillano tuvo otra muy buena tarde en México, mejor sin duda que la de su debut, y las ovaciones fueron esta vez más puestas en razón y más justas. Yo lo vi crecido y le aplaudí con ganas varios aspectos de su emocionante labor. Ya puedo hablar de él con más confianza, y así declaro por segunda vez que, en mi concepto, no se trata de ningún fe-

nómano, pero sí de un torero con raras disposiciones para hacer magníficamente ciertas suertes de la lidia, las que forman su corto repertorio, y algunas de ellas en verdad colosalmente, ya que no como único.

A su primero, que por lo de la alternativa fué el segundo de la tarde, le dió cinco verónicas, en las que tres tuvieron algo de aquéllas sin enmendarse, que tan intrigados nos tienen, terminando con una navarra, un farol y dos recortes.

Hubo un quite rematado de rodillias, que levantó de su asiento al concurso. Con valor se fué al toro muleta en mano y comenzó su emocionante faena, en la que dió cuatro asombrosos pases naturales sobre la mano izquierda, corriendo la mano y templando con la muleta de un modo colosal, modelo de pases naturales en verdad, con los que bastaría para ver en Belmonte un gran torero.

Yo que conceptúo al pase natural como el más verdad de todos los pases, creí en ese momento en Juan Belmonte y lo tuve desde entonces por un coloso ejecutando «lo suyo». Nada digo de la faena con el estoque, porque adoleció de los defectos visibles en el trianero. Muchos toros tendrá que matar el sevillano para dar con la muerte de los toros, y como entra muy bien generalmente, poco ó nada me preocupó por este detalle, no diré insignificante, pero tampoco primordial en tan enorme torero en sus especialidades.

Su segunda faena ni lució ni pudo en justicia exigirse que luciera, sabiendo que las facultades nulas de Belmonte no le permiten poder con dos toros seguidos, y en esta corrida tuvo que matar el segundo y tercero, por el asunto de la alternativa. Y que se fijen los que me creen apasionado como pasó en blanco todo el trabajo de Belmonte en este toro, hasta sus verónicas, una de sus especialidades, que no convencieron á nadie. Con decir que hasta en un pase de molinete (he dicho y repito que una de las basuras del toro) de los suyos, salió empalado por el toro, creo será bastante para convencer á los cegados que no se debe quedar en la cara de todos los toros, por lo mismo que no á todos debe toreárselos del mismo modo.

Le tocó de último adversario (el quinto toro) el mejor de la corrida, un toro grande, gordísimo y de imponente aspecto, que empezó por hacer cosas feas, tardando con los piqueiros y metiéndose debajo del capote al torero en las verónicas movidísimas que le dió, pero que luego se compuso al grado de resultar muy bravo y pronto, no obstante su peso. En la faena de muleta, demasiado corta para los gustos del público é inteligente para mí, ya que en esta vez adiviné el espada lo que pedía el toro para no descomponerse, hubo otro pase natural muy distinto de aquéllos: como

que en éste se echó al toro encima y hubo de librarse del embroque con un rápido molinete, modelo de vista en el trianero. En cambio, al estoquear, perfilándose y arrancando con las buenas formas que ya dejó anotadas, agarró un volapié tan superior, que el estoque penetró hasta el puño, partiendo la herradura y haciendo voltear al toro en unos cuantos segundos, en medio de delirante ovación del electrizado concurso, que agitando los blancos pañuelos en pintoresca unanimidad, pidió para el héroe la oreja del toro. Muy merecida á fe mía. Si Juanillo tiene la suerte de que no «pueda» un toro con él, llegará, ya lo creo que llegará.

La afición á toros, especialmente la afición mexicana, acudió á la plaza el domingo, en primer lugar por el coloso Belmonte, y en segundo por las esperanzas que la empujaron de ver á un torero nuestro, dotado por la naturaleza de raras disposiciones para ser una figura de relieve en el toro, y ser testigo de su comportamiento, al recibir la alternativa.

Asistimos, por desgracia, en vez de á un éxito y un triunfo, á los funerales del que, de hoy en adelante, tiene confirmada para siempre su patente de «maleta»... Ni ambición, ni amor propio, ni «vergüenza»: que todo ha quedado sacrificado por el miedo malrito, que de una buena vez se ha apoderado del que fuera una esperanza del toro, Samuel Solís.— ¡Paz á su memoria!

Con las banderillas, *Morenito de Valencia*, *Pataterito*, *Marinero* y *Mugritas*, así como abominamos de los de la cuadrilla de Belmonte, una parejita de lo más malo que hemos visto, formada por los señores Calderón y *Pilín*.

De los piqueiros... un monumental puyazo del mexicano *Conejo chico*, y basta.—SOLFA.



B. Solís